



2. VIEJOS Y NUEVOS MILITARISMOS

Del mundo unipolar pos-Guerra Fría a un siglo XXI multipolar

Roberto Montoya

■ Setenta y cuatro años después del triunfo de la Revolución bolchevique de 1917, que conmovió al mundo y que cinco años más tarde dio nacimiento a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas –con una superficie de más del doble que la de EE UU y 290 millones de habitantes en 1991–, la URSS se autodisolvía y la mayoría de sus quince repúblicas se convertían en países independientes. Estados Unidos lo festejaba, veía cumplirse el sueño de convertirse en la potencia hegemónica mundial por los siglos de los siglos. “El siglo XXI será el siglo americano”, se auguraba.

Sin embargo, no ha acabado aún la segunda década de este siglo y esa afirmación parece cada vez más cuestionada por la aparición de potencias emergentes como China, los BRICS, por la recuperación de Rusia y otros actores que hacen pensar más en un nuevo orden mundial multipolar.

El derrumbe de la URSS y las burocracias de partido único de Europa del Este

La independencia de repúblicas que conformaban la gigantesca Unión Soviética, junto a la caída del Muro de Berlín, el desmoronamiento de los regímenes burocráticos de la Europa del Este satélites de la URSS y la desaparición del COMECON y el Pacto de Varsovia dejaron a la superviviente Federación Rusa sin su barrera defensiva natural. En 1991 se produjo así el desmembramiento del Estado plurinacional y el traspaso del poder a instancias ajenas al PCUS (Taibo, 2000).

La crisis económica y política que sufría la URSS desde mediados de los años 80, el grave accidente nuclear de Chernóbil de 1986 y la profunda derrota del Ejército Rojo en Afganistán, que la obligaron a retirar en 1989 sus 100.000 soldados después de una década de guerra,

3. PLURAL

hacían presagiar a Occidente que Rusia quedaría definitivamente fuera del gran juego mundial.

La entrada en la Unión Europea de Lituania, Letonia y Estonia, las tres repúblicas bálticas exsoviéticas, y la incorporación de las tres también a la OTAN, junto a países que pertenecieron al bloque de Europa oriental, Bulgaria, República Checa, Hungría, Polonia, Rumanía, o a los Balcanes, Croacia, Albania, parecían confirmar esas predicciones y provocaban la euforia de EE UU y sus aliados.

Sin embargo, la llegada de Vladimir Putin a la presidencia en 2000 habría de provocar importantes cambios en Rusia, tanto a nivel económico y político como militar.

“... la llegada de Vladimir Putin a la presidencia en 2000 habría de provocar importantes cambios en Rusia”

Menos de dos décadas después, Rusia se ha convertido en una potencia capitalista con la que es obligado contar en los principales escenarios políticos y económicos mundiales y en los conflictos bélicos abiertos de mayor trascendencia geopolítica. El expansionismo militar ruso es una realidad.

Cuando al finalizar la Guerra Fría, Estados Unidos anunciaba —otra vez— *un nuevo orden mundial*, parecía impensable prever que en el cuarto de siglo siguiente China diera el paso de gigante que ha dado a nivel económico y financiero —disputándole a EE UU el liderazgo económico mundial—, ni que se convertiría en la potencia que más crecería proporcionalmente a nivel militar. Su presupuesto militar de 145.000 millones de dólares sigue siendo muy inferior al de EE UU —604.000 millones—, pero se sitúa muy por delante de Rusia —59.000 millones— o Reino Unido, que tiene un presupuesto de 52.000 millones.

Nunca se había previsto que China destinara inversiones tan importantes para la investigación y desarrollo de armas tan sofisticadas como su misil hipersónico *DF-ZP*, con capacidad para portar hasta 10 ojivas nucleares, desplazándose a 12.000 kilómetros por hora.

Tampoco se podía prever en aquella década de los 90, cuando la guerra de Corea había quedado tan atrás, que en la segunda década del siglo XXI Corea del Norte se convirtiera en una pesadilla para EE UU, en su principal adversario potencial de una confrontación nuclear.

El fin de la Guerra Fría

“Hemos cerrado un capítulo de la historia. La Guerra Fría ha terminado”. George Bush *senior* pronunció estas palabras un año antes de la implosión de la URSS; fue a finales de noviembre de 1990, al término de dos cumbres de gran envergadura celebradas en una misma semana. La primera culminó con la firma del Tratado sobre Fuerzas

DEL MUNDO UNIPOLAR POS-GUERRA FRÍA A UN SIGLO XXI MULTIPOLAR

Convencionales en Europa, por el que EE UU y la URSS se comprometieron a reducir a 195.000 soldados sus respectivas fuerzas en suelo europeo y a reducir igualmente de forma notable el número de armas convencionales.

Ya dos años antes, en plena *Perestroika*, Mijail Gorbachov había anunciado en la Asamblea General de la ONU la decisión unilateral de la URSS de reducir las fuerzas armadas soviéticas en medio millón de hombres y de retirar tropas y armamento pesado de Europa del Este. Esa medida formaba parte de las drásticas reformas que había iniciado en su país y estaba motivada también por la incapacidad de la URSS de seguir manteniendo un gasto militar que suponía más del 20% de los presupuestos generales. La carrera armamentística y la guerra de Afganistán, sumadas a la corrupción rampante y la pésima gestión económica, habían dejado exhaustas las arcas soviéticas.

La segunda cumbre importante que tuvo lugar esos días de finales de 1990 fue la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa, y en la que, además de la URSS y EE UU, participaron casi treinta países europeos. La conferencia culminó con un acuerdo, la llamada Carta de París, un compromiso de no agresión entre los países miembros del Pacto de Varsovia (PAV) y los de la OTAN.

Pocos meses después, ese importante pacto quedó seriamente entredicho ya que el Pacto de Varsovia, la otrora poderosa alianza militar creada por la URSS y los países de Europa oriental –Alemania oriental, Checoslovaquia, Bulgaria, Polonia, Rumanía–, se autodisolvió, solo meses antes de que lo hiciera la propia URSS.

En 1954, la URSS había pedido su ingreso en la OTAN, pero su solicitud había sido rechazada, y fue un año más tarde, cuando Alemania occidental entró en la Alianza, cuando la URSS y sus aliados europeos reaccionaron creando el Pacto de Varsovia.

El 25 de diciembre de 1991, en lo alto del Kremlin ya no flameaba la bandera roja de la URSS sino la de Rusia, y el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) era prohibido. El hecho de que cuatro de los nuevos Estados surgidos de la atomización de la URSS –Bielorrusia, Ucrania, Kazajistán y Rusia– tuvieran poder nuclear, complicó las negociaciones con EE UU (Montoya, 2003), aunque finalmente todos ellos asumieron la corresponsabilidad del START I firmado por Gorbachov y Bush, y este pudo entrar en vigor en 1994.

Estados Unidos contaba en aquel momento con 12.778 cabezas nucleares y 1.876 lanzaderas, mientras que la URSS tenía 10.880 cabezas y 2.354 lanzaderas, y el pacto fijaba reducir a 6.000 el número de cabezas nucleares.

Bush y Yeltsin se fijaron objetivos aún más ambiciosos en 1993, con el START II, por el cual acordaron rebajar a 3.500 el número de ojivas nucleares de cada país para 2003. Mientras Rusia ratificó tanto el START II como su protocolo anexo, EE UU nunca lo concretó; se llegó

3. PLURAL

a las conversaciones del START III en 1999 en la misma situación y no se logró realmente un avance hasta 2002, hasta el Tratado de Moscú entre Bush *junior* y Putin.

La OTAN redefine su rol tras el fin de la Guerra Fría

El fin de la Guerra Fría y las buenas palabras de EE UU sobre la nueva era que se abría, no supusieron ni una disminución ni siquiera una tregua en el intervencionismo estadounidense.

Tras la desaparición del Pacto de Varsovia, en los *think thanks* estadounidenses se abrió un debate sobre lo que debería ser la estrategia de EE UU en política exterior y seguridad nacional (Barnett, 2004) para la última década del siglo. Washington y sus aliados europeos iniciaron paralelamente una discusión sobre el futuro de la OTAN, se publicaron numerosos libros augurando su fin. No faltaron en el propio Senado de EE UU teóricos como Kenneth Waltz que sostuvieron que los días de la Alianza Atlántica estaban contados (Hernández Holgado, 2000).

James Baker, el secretario de Estado de George H.W. Bush, fue uno de los que con más fuerza defendió la subsistencia de la OTAN, teorizando que sería el mejor instrumento político para regular las nuevas relaciones entre EE UU y sus aliados europeos con Rusia y los países que habían integrado el bloque de Europa oriental.

Se aseguraba que, en la nueva etapa, la OTAN potenciaría su función política sobre la militar, una estratagema de Baker para asegurar la subsistencia de la Alianza Atlántica y, a su vez, para pasar a cubrir gradualmente funciones de competencia de la CSCE, precedente de la actual OSCE (Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa).

Los *atlantistas*, con Baker a la cabeza, pretendían igualmente frenar los intentos de Francia y otros países para dotar a Europa de una

política exterior y de seguridad propias, lo que implicaba una reducción drástica del papel político y militar de EE UU en Europa y sus zonas de influencia.

La Guerra del Golfo –1990/1991– actuó como un salvavidas para EE UU y sus aliados más atlantistas. Bush dio luz verde a Sadam Husein –un

“La Guerra del Golfo actuó como un salvavidas para EE UU y sus aliados más atlantistas”

importante exaliado caído en desgracia– para su aventura militar en el emirato de Kuwait, y una vez caído este en la trampa justificó una intervención militar devastadora contra Irak.

Husein ya no servía para los intereses estadounidenses; había fracasado en su guerra de ocho años –1980-1988– contra la naciente revolución islámica del ayatolá Jomeini, que había acabado con el sha Reza Pávlevi, un aliado clave de Occidente en la región. Washington

DEL MUNDO UNIPOLAR POS-GUERRA FRÍA A UN SIGLO XXI MULTIPOLAR

apoyó económica y militarmente a Husein, pero tras su fracaso Irak se convirtió en una potencia militar regional incontrolable que inquietaba a Israel, Turquía y a Arabia Saudí y las otras petromonarquías del Golfo. Para llevar a cabo la Guerra del Golfo de 1991, Estados Unidos movilizó a 500.000 de sus soldados y utilizó 1.500 aviones y sofisticado armamento, dirigiendo la coalición multinacional más poderosa vista desde la Segunda Guerra Mundial.

De esta forma, la UEO (Unión Europea Occidental), la estructura defensiva impulsada especialmente por Francia –que se había retirado de la estructura militar de la OTAN– como brazo armado de la Comunidad Económica Europea, quedó relegada a tareas menores. Diez años después, la UEO se disolvió definitivamente.

La llamada *Operación Tormenta del Desierto* de 1991 devastó Irak, provocó cientos de miles de víctimas, pero no logró acabar con el régimen de Saddam Husein. Bush *senior* decidió no rematar la operación al fallar el apoyo de fuerzas locales y líderes alternativos para sustituir al dictador iraquí. Esa tarea la retomaría doce años más tarde su hijo, iniciando una nueva guerra junto a sus aliados de las Azores, y que dura hasta nuestros días. España participó en las dos guerras –jugando un papel militar secundario–, en la Guerra del Golfo con Felipe González en el poder y, a partir de 2003, con José María Aznar.

Tras concluir esa primera fase de la guerra de Irak, Estados Unidos impulsó en el seno de la OTAN un nuevo Concepto Estratégico (CE, doctrina militar) incorporando los conceptos de respuesta adelantada (precedente de la guerra preventiva) y respuesta flexible. La nueva doctrina militar que aceptaron a pie juntillas todos los socios de la Alianza Atlántica en 1991, en realidad no era más que parte de la llamada *nueva estrategia militar* que adoptó el Pentágono y que se complementaría en 1992 con la “Guía para la planificación de la defensa”. Patrick E. Tyler, del *New York Times*, filtró parte de ese documento clasificado de 46 páginas, suficientemente clarificador de los planes de Estados Unidos en la pos-Guerra Fría: “Tenemos que buscar la manera de impedir el surgimiento de acuerdos de seguridad limitados a los europeos que podrían debilitar a la OTAN, especialmente la estructura de mando integrado de la Alianza. (...) El objetivo fundamental es mantenerse como el poder externo predominante dentro de esta región (en Oriente Medio y Lejano Oriente) y resguardar el acceso estadounidense y occidental en general al petróleo de la región” 1/.

La obsesión energética de Estados Unidos ha estado siempre omnipresente a la hora de definir su política de seguridad nacional y su política exterior. De hecho, el análisis de su Plan Nacional de Energía (PNE) anual sirve a expertos, no solo económicos y fi-

1/ “U.S. Strategy Plan Calls for Insuring No Rivals Develop”, *New York Times*, 8 de marzo de 1992, pg. 1 en <http://www.nytimes.com/1992/03/08/world/us-strategy-plan-calls-for-insuring-no-rivals-develop.html?pagewanted=all>.

3. PLURAL

nancieros sino también a políticos y estrategias militares, para prever cuáles serán los planes y prioridades del Departamento de Estado y el Pentágono en el extranjero. No casualmente buena parte de los secretarios de Estado han provenido de la industria petrolera.

A partir de la adopción por parte de la OTAN del Nuevo Concepto Estratégico (NEC) de 1991, la Alianza, lejos de acotar sus actividades, las amplió más y más.

En 1992, la OTAN ponía en marcha la *Operación Agile Genie* para vigilar Libia y el norte de África con aviones espía AWACS estadounidenses, mientras paralelamente se hacía cargo de imponer por mandato de la ONU un embargo de armas en el Adriático y establecía una zona *no-fly* sobre Bosnia-Herzegovina para favorecer la independencia de esa república de la República Federal Socialista de Yugoslavia y protegerla de los ataques aéreos de las fuerzas serbo-bosnias.

La intervención de la OTAN en Yugoslavia fue cada vez mayor. Mientras la administración Clinton violaba el embargo de armas suministrando miles de pertrechos militares a la *Armija* musulmana bosnia y facilitando la entrada de muyahidines de varios países –como había hecho en los 80 en Afganistán contra las tropas soviéticas (Montoya, 2017)–, la OTAN, a través de la *Operación Deliberate Force*, atacaba instalaciones militares serbo-bosnias.

Tras los Acuerdos de Dayton de 1995, la OTAN desplegó más de 50.000 soldados en la zona para asegurar el cumplimiento de los mismos y solo cuatro años más tarde, tras aprobar una nueva doctrina militar, el Nuevo Concepto Estratégico de 1999, lanzó una nueva operación militar, esta vez en Kosovo, contra las tropas serbias y “en defensa de la minoría albanesa”, alcanzando con sus ataques la propia capital serbia, Belgrado.

Esta acción, que no fue autorizada por Naciones Unidas –el Tratado del Atlántico Norte reconoce en su preámbulo la supremacía de la Carta de la ONU–, se llevó a cabo cuando el secretario general de la OTAN era el socialista español Javier Solana, exministro y exportavoz del Gobierno de Felipe González, el mismo del ¡OTAN no, bases fuera!

Al igual que hizo con la *Armija* en la intervención en la guerra de Bosnia-Herzegovina, la administración Clinton –con apoyo de Reino Unido y Turquía– entrenó y armó a miles de muyahidines del albano-kosovar ELK (Ejército de Liberación de Kosovo), algo que repetiría igualmente en la guerra de Macedonia.

En aquella época, las declaraciones de independencia de cualquiera de las repúblicas de Yugoslavia era bendecida con celeridad por Europa y Estados Unidos. En 2006 le tocó el turno a la república de Montenegro, que en referéndum decidió separarse de la federación que conformaba con Serbia.

Y en 2008, cuando los albano-kosovares declararon unilateralmente su independencia, el gobierno de Yugoslavia recurrió a la ONU recor-

dando que la Resolución 1.244 del Consejo de Seguridad, por la cual se había dado por finalizado el conflicto bélico, reconocía la integridad territorial de lo que aún quedaba de Yugoslavia (De los Reyes, 2013).

La ONU había supervisado desde 1999 el gradual traspaso de competencias de Belgrado a la región autónoma de Kosovo. Hisashi Owada, presidente del Tribunal de Justicia de la ONU, sentenció: “El derecho internacional general no contempla prohibiciones sobre las declaraciones de independencia y, por tanto, la declaración del 17 de febrero de 2008 no viola el derecho internacional general” 2/.

Esa declaración, del 21 de julio de 2010, es muy distinta a la que se ha escuchado de la ONU y de Europa frente al *caso catalán* en 2017. No casualmente, España es uno de los pocos países europeos que no ha reconocido la independencia de Kosovo hasta el día de hoy. No ha adoptado esa postura precisamente como forma de denuncia de la injerencia de la Alianza, sino con la vista puesta en el interior del Estado español.

Hillary Clinton, siendo secretaria de Estado, propuso en 2012 que Kosovo se incorporara a la OTAN y a la Unión Europea, mientras Rusia por su lado estrechaba cada vez más sus relaciones energéticas y militares con Serbia. Rusia es el principal abastecedor de petróleo de Serbia y para Moscú el país balcánico era clave para la construcción del gasoducto *South Stream*, que proyectaba conectar los campos gasistas rusos con los mercados europeos a través del Mar Negro (De los Reyes, 2013).

Actualmente, tres exrepúblicas yugoslavas hacen cola para entrar en la OTAN: Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Macedonia; y de ingresar próximamente también otro aspirante oficial, la exrepública soviética de Georgia, la Alianza Atlántica contaría con 32 miembros.

La Alianza Atlántica se expande

La intervención de la Alianza Atlántica en la antigua Yugoslavia favoreciendo su desmembramiento fue su primera intervención militar directa en una guerra y supuso un verdadero hito. A partir de él la OTAN iría cambiando una y otra vez los objetivos fundacionales adoptados en 1949 –la defensa de Europa occidental ante un ataque de la URSS– para convertirse con rápidos pasos en el gran gendarme mundial que es hoy día. Al celebrar en la cumbre de 1999 en Washington su cincuenta aniversario, la Alianza acordó que sus futuras intervenciones militares y *humanitarias* no tenían que estar vinculadas a resoluciones específicas del Consejo de Seguridad, sino simplemente respetar los principios de la Carta de la ONU (Taibo, 2001).

2/ De los Reyes, Marcelo Javier, *Los conflictos en los Balcanes. La guerra civil en Yugoslavia y los intereses externos*, en <http://www.igadi.org/web/analiseopinion/los-conflictos-en-los-balcanes-la-guerra-civil-en-yugoslavia-y-los-intereses-externos>.

EE UU ha arrastrado a sus socios a secundarle en intervenciones militares y a adoptar posturas políticas que más de una vez

3. PLURAL

afectaban los intereses de algunos de ellos, lo que creó –y sigue creando por momentos– fuertes fricciones, reservándose a su vez libertad para actuar en solitario en zonas donde no necesitaba a sus aliados, como en Somalia, Haití y otros países.

Según el artículo 10 del Tratado del Atlántico Norte **3/**, cualquier Estado miembro de la Alianza puede proponer a un nuevo miembro, pero siempre que este sea europeo y presente su solicitud de adhesión... ante el gobierno de los Estados Unidos, juez último ante cualquier solicitud de ingreso.

A pesar de la condición de país europeo para ser miembro de la OTAN, Estados Unidos ha buscado fórmulas ad hoc para distintas situaciones. En 1998 aceptó darle a Argentina el estatus de *Gran Aliado Extra-OTAN* durante el gobierno de Carlos Menem, y en 2013, ante la insistencia del presidente colombiano, Juan Manuel Santos, para que se aceptara a Colombia como miembro de la OTAN –ya lo había hecho años antes Álvaro Uribe–, la Alianza aceptó establecer una suerte de cooperación similar con el país latinoamericano para intercambio de información clasificada de seguridad y crimen organizado. A finales de 2016, Santos anunció que la OTAN había aceptado ampliar esta cooperación firmando un Acuerdo de Cooperación Estratégica y militar. Esto provocó la denuncia de UNASUR y la CELAC, dado que ambos organismos de los que Colombia es miembro han declarado a América Latina y el Caribe “zona de paz”.

EE UU ya había firmado un acuerdo en 2009 con Colombia para el uso durante diez años de siete bases militares en su territorio, el mismo año en el que, a propuesta de Washington, 150 expertos en antiminas del ejército colombiano eran incorporados excepcionalmente a la ISAF, la misión de la OTAN en Afganistán, en Kandahar, bajo jurisdicción del ejército español, a pesar de no ser Colombia un país miembro de la Alianza.

La desaparición del *peligro comunista* en América Latina tras el fin de la Guerra Fría y las dictaduras militares que representaban sus intereses, llevó a EE UU a buscar otra vía para remilitarizar e intervenir en la región: la “guerra contra las drogas” (Bixen, 1998). Esa excusa, que había servido a Washington para justificar su invasión de Panamá en 1989, el derrocamiento del gobierno de su exaliado el general Manuel Noriega, capturado, trasladado y condenado en EE UU por “tráfico de drogas”, se generalizó cada vez más en los 90.

Ese *modus operandi* estadounidense, que persiste hoy día en numerosos países, no ha sufrido alteraciones con el cambio de inquilinos en la Casa Blanca, fueran estos republicanos o demócratas. Las advertencias de Donald Trump a Venezuela en 2017, asegurando que no

3/ Tratado del Atlántico Norte, disponible en: https://www.nato.int/cps/fr/natohq/official_texts_17120.htm?selectedLocale=es.

descartaba la opción militar para “devolver la democracia” al país si se lo pide la ONU o la OEA, es el

punto más alto de amenaza militar directa de Estados Unidos de las últimas décadas.

Si la intervención militar de la OTAN en Yugoslavia representó un hito clave en su historia, su participación en la guerra de Afganistán a partir de octubre de 2001 fue otro momento clave.

Tras el 11-S se aplica por primera vez el artículo 5 de la OTAN

George W. Bush fue el primer jefe de Estado de un país miembro de la OTAN en solicitar la aplicación del artículo 5 del Tratado, por el cual se establece que si un país miembro sufre un ataque armado, puede solicitar la ayuda militar del resto de socios, se considera un ataque al conjunto.

Bush consiguió así vencer las reticencias y críticas de algunos países europeos a las posturas que mostró en sus primeros meses de mandato, y forzó a sus aliados a embarcarse en su “guerra contra el terror”, en su planetaria batalla del “Bien contra el Mal”.

Todo sucedió con prisas. Sin presentar pruebas contundentes a sus aliados sobre la autoría de Al Qaeda en los atentados del 11-S –inicialmente Osama bin Laden lo negó tajantemente 4/–, los europeos se vieron embarcados en una operación contra el régimen talibán por albergar las huestes de ese viejo aliado de Occidente.

Y una vez más, como antes en Vietnam, Estados Unidos se empantanoó en una guerra. EE UU impuso como presidente a Hamid Karzai, un exmuyahidín que había combatido contra las tropas soviéticas y ejecutivo de UNOCAL, el gigante energético estadounidense que desde hacía años negociaba la construcción de oleoductos y gaseoductos que atravesarían territorio afgano.

Karzai no llegó a controlar nunca todo el país a pesar de contar con unas fuerzas de seguridad entrenadas y armadas por Occidente de más de 350.000 hombres, y su régimen corrupto absorbió millones y millones de dólares del exterior destinados a la reconstrucción del país.

Dieciséis años después de esa invasión que EE UU vendía como un paseo militar, los milicianos talibanes, mas fuerzas de Al Qaeda y del Daesh, se han recuperado y controlan casi el 50% del territorio afgano (Montoya, 2017).

Barack Obama ya había frenado en la fase final de su mandato la retirada de las últimas tropas estadounidenses y Donald Trump, cediendo a las presiones del generalato del Pentágono, está aumentando de nuevo, gradualmente, el número de efectivos.

Trump ha reclamado igualmente al resto de miembros de la OTAN que aporten por su parte en una primera fase 1.000 soldados y en una segunda fase otros

4/ Entrevista íntegra a Osama bin Laden en el periódico paquistaní *Ummat*: <https://www.globalresearch.ca/interview-with-osama-bin-laden-denies-his-involvement-in-9-11/24697>.

3. PLURAL

2.000 para reforzar a las fuerzas afganas. El gobierno de Rajoy ha sido uno de los primeros en responder positivamente al reclamo de Trump.

Afganistán sigue siendo un enclave de gran importancia geoestratégica en Asia Central para EE UU y la OTAN, donde cada vez más compiten por sus propios intereses energéticos y de seguridad otras varias potencias, China y Rusia, Pakistán, India o Irán.

Irak es otra de las espinas agudas que tiene clavada EE UU; otro país donde se reivindicó con mucha prisa la finalización de la guerra unilateral e ilegal lanzada en 2003 con la excusa de buscar las inexistentes *armas de destrucción masiva*. Catorce años después, la guerra no solo sigue abierta, sino que el actual gobierno

“Afganistán sigue siendo un enclave de gran importancia geoestratégica en Asia Central para EE UU y la OTAN”

chií se ha convertido paradójicamente en un gran aliado de Irán, el histórico enemigo de EE UU.

Cuando EE UU y sus aliados, final y tardíamente, decidieron bombardear posiciones del Daesh en Irak, ya estaban sobre el terreno tanto fuerzas de élite iraníes como las milicias kurdas, y Barack Obama, en un acto inédito, llegó a hacer un tímido acercamiento con su homólogo iraní, Hasan Rohani, para buscar una alianza contra los yihadistas.

Fue una suerte de esquizofrenia política, ya que paralelamente EE UU apoyaba abiertamente los bombardeos de la coalición encabezada por Arabia Saudí en Yemen contra las fuerzas proiraníes locales, y en Siria ambos países se situaban en campos enfrentados. Obama condicionó esa alianza con Rohani a que finalmente se lograra el pacto nuclear que se estaba negociando.

Trump, presionado por Israel, Turquía, Arabia Saudí y las monarquías del Golfo, denunció desde el primer momento esa actitud dialogante de Obama y ha amenazado con tirar por la borda el pacto nuclear que finalmente se firmó en 2015, en la última etapa de la administración demócrata.

Trump se ha negado a certificar que Teherán está cumpliendo sus compromisos de frenar su plan nuclear, tal como confirman los expertos, y tal como le reclaman a EE UU las otras potencias firmantes del pacto, China, Rusia, Francia, Alemania y Reino Unido.

De cumplirse esa amenaza estadounidense supondría un grave retroceso para la seguridad mundial y favorecería igualmente el fortalecimiento de las posturas más recalcitrantes de los conservadores en Irán. Pareciera que solo un fuerte rechazo de sus aliados europeos y China y Rusia podrían frenar que Trump dé ese paso. La decisión de Trump de retirar la firma de EE UU del Acuerdo de París sobre Cam-

bio Climático y del TTP (Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica) son precedentes de que ciertos anuncios tomados por momentos como simples bravuconadas pueden en realidad cumplirse.

El mundo que Trump heredó de Obama

Obama heredó de Bush dos grandes guerras abiertas que no pudo cerrar –Irak y Afganistán–, lanzó su propia guerra –la de Libia, ayudando con sus aliados a que este país se convirtiera en un Estado fallido– y entró de lleno en la guerra de Siria.

A Obama le estalló en la cara el auge del *Frankenstein* al que EE UU, Turquía y las monarquías del Golfo ayudaron a desarrollarse, el Daesh (EI, o ISIS en sus siglas en inglés), en su afán de frenar la influencia iraní en la región. Es una fuerza cuyo *Califato* llegó a controlar durante años la vida de ocho millones de personas en un tercio del territorio de Irak y Siria. A pesar de haber perdido sus principales feudos en 2017, reaparecerá sin duda una y otra vez en nuevos frentes, como una gran telaraña mundial.

El Premio Nobel de la Paz Obama intentó sin éxito lograr con los *asesinatos selectivos* de sus drones –5.000 víctimas durante sus dos mandatos, muchas de ellas civiles– continuar la *guerra contra el terror* por medios más económicos, menos riesgosos y menos impopulares.

El demócrata Obama también comprobó cómo su burda operación con la OTAN y la UE para absorber a Ucrania y ampliar así las fronteras hasta las mismas puertas de Moscú fracasaba, Crimea volvía a la madre Rusia y se consolidaban las repúblicas rebeldes prorrusas orientales.

La crisis de Ucrania ha abierto un grave conflicto en plena Europa, reavivando los fantasmas de una vuelta a los años de la Guerra Fría.

Putin sorprendió una y otra vez a EE UU y sus aliados, demostró que defendería con uñas y dientes sus propios intereses energéticos y de seguridad utilizando la fuerza sin miramientos, como hizo en 2008 ante el enfrentamiento entre Georgia y Osetia del Sur y Abjasia, y volvió a reaccionar con rapidez en 2013 ante la que ya parecía inminente intervención militar de EE UU y la OTAN en Siria. Con su inesperado movimiento diplomático salvó a su aliado Al Assad y logró darle la vuelta al rumbo de la guerra. El líder ruso no solo se autoerigió en protector de la dictadura siria, sino que pasó a ser –con el apoyo de fuerzas especiales iraníes y milicias libanesas de Hezbolá– el país que más duramente golpearía con sus bombardeos las posiciones de Daesh en Siria.

Con la misma capacidad de reflejo político y militar, Putin reaccionó rápidamente y de forma desconcertante ante el poco disimulado golpe de Estado occidental en Ucrania en 2014, desplegando miles de soldados camuflados de su base naval de Sebastopol en Crimea, aquellos ya famosos *hombres verdes* fuertemente pertrechados con armamento

3. PLURAL

pesado. Con esos miles de hombres, a los que calificó de simples voluntarios, custodió un referéndum independentista que concluyó con la vuelta de la estratégica península a Rusia.

Fue una jugada maestra de Putin de la que todavía no se han re- puesto ni EE UU ni la OTAN ni la UE. La tensión que se vive desde entonces en las regiones ucranianas fronterizas con Rusia es de las más graves desde el fin de la Guerra Fría.

EE UU y sus socios de la OTAN tienen desplegados miles de efectivos, blindados, artillería pesada y lanzaderas de misiles tierra-tierra y tierra-aire en todos los países aliados vecinos, habiendo realizado importantes maniobras militares en la zona.

Rusia mantiene igualmente asentados en su frontera a fuertes contingentes militares. Es un conflicto que ha vuelto a tensar las relaciones de la UE con Rusia, aplicándose recíprocamente paquetes de sanciones.

Obama dejó también a Trump un legado complicado en Asia, una región en acelerada militarización, con Corea del Norte convirtiéndose en una amenaza nuclear cada vez más seria y una disputa territorial agudizándose entre y China y Japón en el Mar de China meridional.

Roberto Montoya es periodista y escritor.
Es miembro del Consejo Asesor de **viento sur**

Referencias

- Barnett, Th. P.M. (2004) *The Pentagon's New Map*. New York: Penguin.
- Bixen, S. (1998) *Democracias bajo fuego. Drogas y poder en América Latina*. Montevideo: Ediciones Brecha.
- Hernández Holgado, F. (2000) *Historia de la OTAN, de la Guerra Fría al intervencionismo humanitario*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Montoya, R. (2003) *El imperio global*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- (2017) *La 'guerra buena' cumple 16 años*, disponible en <http://bit.ly/2AUIXq3>.
- Taibo, C. (2000) *La explosión soviética*. Madrid: Espasa Calpe. (2001) *Guerra en Kosova*. Madrid: Los Libros de la Catarata.